

# Letras

## EN TORNO A LA

## NOVELA

## VENEZOLANA

Presentamos un fragmento del capítulo IX de la recién publicada obra: Eduardo Blanco, Creador, de la Novela Venezolana, en la cual se estudia íntegramente el valor de la novela "Zárate", del mismo Blanco.

(Del capítulo "Algo de como éramos entonces").

La acción de Zárate transcurre casi íntegra en pleno campo aragüeño. Allí vemos a los más diversos personajes moverse por los típicos caminos de herradura, ásperos y tortuosos, aliviados —sólo por la belleza natural del paisaje; o los hallamos detenidos— en el descanso momentáneo que brindan las pulperías que jalonan de trecho en trecho aquellos mismos caminos. Con ellos recorreremos los bosques de tupido ramaje tropical, fácil guarida de mil peligros; y atravesamos ríos y quebradas de abundosa corriente donde las cabalgaduras fatigadas estiran el pescuezo para refrescar sus fauces; y acampamos a la sombra acogedora de copados jabillos, samanes, tamarindos y guásimos, de cuyas ramas cuelgan al fresco las hamacas, o a cuyo pie ruedan las bolas del más criollo juego popular. Estas y tantas otras observaciones naturales y espontáneas de la novela, son parte de ese gran escenario campesino que el autor, sin alardes de pinturerismo retozón, nos va haciendo ver y sentir,

con oportuna y discreta habilidad de gran maestro.

Y cuando del campo abierto, se traslada el escenario, aunque por tiempo nunca muy prolongado, a alguna de las pequeñas poblaciones de los valles aragüeños, sabe también el autor, con admirable destreza artística, representarnos con unas pocas pinceladas el ambiente popular de aquellas comunidades campesinas.

Al hablarnos de los preparativos que se hacían en uno de esos pueblos en vísperas de las grandes fiestas patronales, dice con mucho gracejo y tino, que en aquellos días los festejos eran "primordial ocupación de todos los espíritus, satisfacción del asiduo trabajo del laborioso pueblo, móvil de sus economías y orgullo de la localidad; fiesta solemne, tradicional, y cual ninguna apetecida, a la que de rigor era asistir por sobre todo inconveniente" (1) Quien haya tenido ocasión de formar parte de la comunidad de nuestros pueblos interiores, podrá decir si no resultan totalmente acertadas estas expresiones.

Llegada la fecha de los festejos, el autor aprovecha oportunamente el viaje de uno de los personajes de su obra, para hacernos ver algo muy pintoresco del ambiente popular campesino. Durante la marcha topamos con "numerosas carabanas de gentes de los campos y de los pueblos comarcanos, que invadían a la sazón los caminos, con rumbo hacia Turmero, donde iban a celebrarse aquella noche con música y repiques, fuegos artificiales y otros ruidosos regocijos, las tan rumbosas vísperas de la gran festividad de nuestra Señora de Candelaria". "Y bien que merecía ser contemplado el pintoresco cuadro que ostentaban nuestras costumbres populares en aquella campestre romería; cuadro rico en detalles, por la diversidad de tipos, trajes y colores, cabalgaduras y rodantes vehículos, que, aislados resaltaban con lujosa pompa de brillo y colorido sobre el verde primaveral del

(1) Eduardo Blanco, Zárate, Caracas, 1882, Segunda Parte, cap. IV, p. 67.

fondo del paisaje, y que fundidos luego caprichosamente en una sola masa, amada de exuberante vida, adquirirían lineamientos fantásticos al ser envueltos, como por transparente gasa, entre nubes de polvo". "Dividido el extraordinario concurso, en numerosas agrupaciones, en las que a veces entraban vecindarios enteros, incluso el juez de paz y los señores comisarios de policía, movíanse deprisa los viandantes desafiando los rigores del sol, el polvo y la fatiga, sin detenerse bajo las espesas arboledas o en las orillas de los cristalinos arroyos, sino el tiempo indispensable para cobrar aliento o apagar la sed; y alegres, sonreídos, sonando gaitas y bandolas, y ruidosas maracas y rústicos tambores: y echando coplas al són de las guitarras los improvisadores, y repitiendo trovas los menos inspirados, lucía todas las galas la parte femenina de aquella regocijada multitud, brillando como de realce en el abigarrado conjunto, a par de los hechizos naturales, faldas nuevas de vistosos colores, encintados sombreros, camisas blancas recargadas de adornos, pañuelos de seda o algodón con todos los cambiantes del iris, rosarios de oro, gargantillas de cuentas y peonías, y cantidad notable de zapatos no calzados a los pies sino traídos en la mano por razón de comodidad o economía. Y eso, que la mayor parte de aquella buena gente marchaba a pie; el apetecido privilegio de cabalgar en un borrico estaba reservado a muy pocos. No obstante no escaseaban, ni mulas, ni jumentos, ni traviesos pollinos, que el armonioso concierto de las guitarras y las gaitas interrumpiesen en ocasiones especiales con prolongados y ruidosos rebuznos. Tan filarmónicos cuadrúpedos iban cargados de regaladas provisiones, esteras, cobertores, cobijas y útiles de cocina; y cuando más, llevaban como de sobornal, viejos o viejas, o acopio de chicuelos, o remilgadas mestizas, más emperejiladas que una cruz de velorio y con más galanes en contorno que cuentas de oro en el rosario. Los campesinos más ocomodados, así como gran parte del vecindario rico de los pueblos, hacían la peregrinación

en grandes carros tirados por bueyes, y cubiertos de toldos de zaraza con armazón de cañas, o simples ramas verdes y anchas hojas de plátano; y arrellanados sobre esteras de enea, entreteníanse en animadas pláticas, cuando no en repartir afectuosos saludos entre personas conocidas que acertaban a pasar junto a la rechinante máquina o divisaban a distancia entre el revuelto y agitado concurso". (2).

No hemos querido privar al lector de cita tan agradable, en la que el gracejo y la viveza del lenguaje parecen plasmar a lo criollo uno de esos paisajes campesinos que podría recordar a los inimitables de la pintura flamenca del siglo diecisiete. Puede decirse que a Blanco no se le escapó anotar uno solo de los pormenores pintorescos de tan animada romería. Y se siente correr por entre sus frases un hálito de vida popular criolla, que hace de este cuadro una pieza perfecta. ¡Si todo esto no es criollismo...!

De igual manera, acertadísima es la descripción que en otra parte hace de la solemnidad religiosa en el templo parroquial. Mucha más exactitud, y con ello más ambiente venezolano hay en lo que Blanco nos cuenta en este pasaje, que en casi ninguno de los pasajes de tema semejante que han aparecido en otras modernas y alabadas novelas venezolanas, las cuales en cuanto tocan algo de índole religiosa suelen traer inventos de la fantasía del autor, que distan no poco de la exactitud de tales actos religiosos.

Véase cómo, en nutrido y pintoresco párrafo, nos hace Blanco una reseña completa y hasta sazónada con alusiones de sabor histórico muy oportunas: "Solemne fue la fiesta; la música ruidosa; largo el sermón, y abundante con exceso el incienso. Rico manto, salpicado de estrellas de oro, estrenaba la Virgen. El altar mayor, lucía lujosa paila y macetas de plata. Los pies y las rodillas del inmenso concurso magullaban sobre el pavimento las hojas aromáticas de que estaba cubierto, y odorante

(2) Idem, idem., cap. V, pp. 74-76.

atmósfera se respiraba en el sagrado recinto. Los pocos abanicos de las damás, no bastaban a refrescar el aire ni hacerle respirable. Durante la elevación del cuerpo y sangre de nuestro sublime Redentor, estallaron en la plaza estrepitosos petardos, sonaron las campanas e inúmeros cohetes volaron a las nubes. El sol llegaba a la mitad del cielo cuando el oficiante bendijo al auditorio, y terminó la fiesta. No había más que desear; todo el mundo quedaba satisfecho. Empero, el panegirista de los remotos tiempos, el por demás exigente don Sebastián, se sonreía con lástima al oír ponderar a sus vecinos la magnificencia de tal solemnidad; y con la buena fe de su monomanía, asegura que en su época, aquella misa habría pasado por rezada, y que en día semejante, cuando el señor Obispo don Mariano Martí, ofició la pontifical en aquel mismo templo, la misa terminó como hora y cuarto después de mediodía: circunstancia ésta, que a juicio de quien la recordaba no era de despreciar, ni debían pesar poco en la balanza de las comparaciones, los noventa minutos de mayor duración, que una solemnidad llevara a la otra". (3).

Ni hay menos viveza y colorido popular en la descripción de los regocijos de toda clase que formaban el ambiente de la plaza y las calles durante el resto de aquel día y en los siguientes. "Por todas partes bulle alegre y risueño el venturoso pueblo: silba, grita, perrera en alta voz, hace piruetas, baila, invade las surtidas pulperías, se refresca a sus anchas, y, dividido en grupos más o menos compactos, hace cortejo a los cantores que les regalan el oído con las campestres músicas y las improvisadas y picantes letrillas. Pero de todas las cuadrillas de trovadores ambulantes, ninguna arrastra mayor séquito que la estrafalaria comparsa de grotescos disfraces llamada por tradición los Villalobos: acaso porque en su origen fueran de este apellido quienes la compusieran. Los chicos al divisar esta especial cuadrilla le salían al encuentro, la festejaban, la aplaudían, y

(3) Id. id., cap. X, pp. 143-144.

gritaban hasta desgañitarse: Aquí están ya los Villalobos, vengan todos a verlos y escucharlos".

Y ántes nos ha dicho el autor con no menor gusto y soltura de estilo, muy a tono con la alegría callejera: "Doquiera que se reúne el pueblo, suenan gaitas, guitarras y maracas; se improvisan joropos y fandangos, y retumba el monótono tambor africano. Cuadrillas de rústicos cantores, echando coplas al són del cinco y las bandolas, cruzan las calles en todas direcciones, hacen corro en las esquinas y se detienen frente a las abiertas ventanas a encarecer la gentileza de las damas, o la conocida liberalidad de los generosos caballeros". (4).

Así era entonces nuestro pueblo en sus manifestaciones más espontáneas. Y nótese, una vez más, la mezcla de elementos hispánicos coloniales y criollos; y cómo todos se confunden y nos dan la expresión cabal de la vida venezolana de un período todavía tan poco historiado y poco conocido.

Podríamos continuar con otras no menos interesantes citas que de igual manera seguirían mostrándonos el empeño y cuidado que puso el autor en que su relato fuera expresión fiel del medio ambiente nacional. Pero creemos que los pasajes aquí copiados son bastante elocuentes para respaldar nuestro aserto.

Al correr de los años, y al ritmo transformador que cada vez más ha afectado en nuestros días la vida de nuestras poblaciones, aun de las más apartadas en el interior de la provincia, no han podido menos de cambiar algunas cosas, y desaparecer algunos pormenores de las viejas tradiciones populares; y en cambio se han introducido exotismos y novedades, y sobre todo cambios en las costumbres y aun en las ideas, que no siempre han sido beneficiosas para la comunidad. Pero a pesar de toda esa transformación modernizadora, nadie desconoce que aún sigue conservándose en lo sustancial, y hasta en algunos pormenores muy típicos, buena parte de aquellas manifestaciones

(4) Id., id., ib., pp. 144-145.

comunitarias y públicas que daban a nuestros pueblos un perfil y un colorido muy propios. Y cuanto hoy en día aún se conserva de aquellas cosas típicas de antaño, el lector hallará que coincide de manera insospechada con lo que Blanco refería en su novela hace más de setenta años.

Y si de esto más exterior y pintoresco, pasamos a dar un vistazo a la vida política y social, nos encontraremos igualmente con abundantes ejemplos de la más atinada observación. La vida política venezolana atravesaba entonces una etapa muy crítica y decisiva. Ningún problema más real en la conciencia pública de aquellos años, que el que Don Carlos analiza y comenta en preocupado diálogo con el amigo Lastenio, a propósito de la disposición de ánimo que ha advertido en su sobrino el capitán Horacio, cuya principal aspiración estribaba "en procurarse con la espada un elevado puesto en la política, y todo lo que pueda apartarle de ese camino erizado de escollos, lo estima como contrario a sus más caros intereses y a la gloria que entrevé para un no lejano porvenir". Ante esta situación, Don Carlos exclama reflexivo: "¡Qué locura! El tiempo de los rápidos encumbramientos militares pasó para jamás volver. Por más que todavía resuenen en Colombia tambores y cornetas, la época ha cambiado, y el país tiene que entrar necesariamente en un orden de cosas muy diferente del que hemos visto hasta el momento en Venezuela, más que otra alguna. Los días de la gran República han pasado, y se de los estragos

ocasionados por la guerra, y vivir en paz bendita al amparo de las leyes, so pena de agotar la poca savia que le han dejado tantos años de desastrosa lucha; y no es la espada, no señor, ni las descabelladas ambiciones de nuestros militares, lo que en lo sucesivo puede afianzar y hacer efectiva la práctica de las instituciones que nos rigen". (5).

Nada podía haberse hablado más exacto en aquel año 1825, cuando parecía estarse formando la nube de tormenta que fuera a precipitar una guerra fratricida entre secciones de la Gran Colombia; a lo cual hacía vehemente alusión, ya desde Londres, el mismo sabio Bello, al escribir su inmortal *Silva*.

Lo que Don Carlos con tanta perspicacia preveía, y contra lo cual alzaba su voz prudente, vino luego a ser la más dura realidad. Separada Venezuela de la Gran Colombia, las ambiciones y aspiraciones personalistas se desencadenaron en forma aún más intestina en suelo venezolano; y durante casi todo el correr del resto del siglo XIX la guerra civil de fracciones caudillistas, acabó de agotar no poca de aquella savia que nos había quedado tras de la lucha por la Independencia.

Observaciones de esta naturaleza, tan exactas y tan nacionales, ratifican una vez más nuestra opinión de que *Zárate* es una novela íntimamente enraizada en la historia y en la vida de Venezuela.

---

(5) *Id. id.*, cap. VI, pp. 92-93.

RO P. BARNOLA, S. J.

